

SAÚL SOSNOWSKI: CONSTRUIR PUENTES, DERRIBAR MUROS

ADRIANA RODRÍGUEZ PÉRSICO¹

En el ámbito de los estudios panhispánicos en los Estados Unidos, al igual que en el mundo literario latinoamericano, la figura de Saúl Sosnowski es ampliamente conocida. Desde distintos cargos y responsabilidades en la Universidad de Maryland, en el área metropolitana de Washington, DC., ha desarrollado una amplia labor orientada hacia objetivos que revelan la persistencia de un mismo núcleo de intereses: la articulación entre cultura y democracia en América Latina. En esta línea, ha sido Director y Coordinador de programas especiales sobre el tema que han dado como resultado la publicación de varios volúmenes de lectura indispensable para esa área de conocimiento. Sus aportaciones al campo problemático de la inmigración, el exilio y la diáspora, distribuidas en varios de sus libros sobre literatura y en numerosos artículos, notas y ensayos, constituyen un corpus bibliográfico fundacional de obligada referencia sobre estos temas.

Entre los distintos proyectos de los cuales ha sido creador, se destaca de manera especial la fundación de *Hispanérica. Revista de*

¹ Profesora e investigadora argentina enseña teoría literaria en la Universidad de Buenos Aires e integra el Consejo Nacional de Investigaciones Científicas y Técnicas de su país. Ha desarrollado su labor docente también en las universidades de São Paulo, Duke, Maryland y París VIII. Tiene publicados numerosos ensayos sobre literatura latinoamericana y teoría literaria. Realizó la compilación del volumen *Ricardo Piglia: una poética sin límites* (2004), publicado por la Universidad de Pittsburgh. <http://www.gf.org/fellows/16674-adriana-rodriguez-persico>

Literatura, publicación señera dedicada integralmente a la literatura latinoamericana, que desde su creación en 1972 hasta la fecha ha registrado un sostenido crecimiento, manteniendo una constante calidad y vigencia. En sus páginas se refleja la historia literaria de América Latina de las cuatro últimas décadas a través de las voces de los más renombrados creadores de la lengua y las letras hispanoamericanas, tanto en textos de creación como de investigación y reflexión. Los artículos y ensayos publicados por la Revista han tenido el mérito de anticipar corrientes y movimientos literarios y culturales, al igual que identificar talentos del mundo de la cultura para difundirlos a lo largo y a lo ancho de los Estados Unidos. Sus giras por Latinoamérica y escalas en Buenos Aires, entre fines del 2012 e inicios del siguiente año, nos permitieron iniciar un diálogo presencial que luego fuimos completando por vía electrónica para hoy compartirlo con los lectores de la RANLE.

Adriana Rodríguez Pérsico: ¿Cuándo y por qué te fuiste de Argentina, tu tierra natal?

Saúl Sosnowski: Yo nunca me fui. Yo viajé; sigo viajando, un viaje que empezó en 1964. Pensé que me iba por uno o dos años pero después ingresé en la Universidad, hice el doctorado en Literatura Latinoamericana en la Universidad de Virginia y llegué a Maryland en 1970. También pensé que me quedaría allí un par de años.

ARP: ¿Y qué pasó?

SS: Maryland siempre fue un lugar propicio para estudiar, para dar clases, para investigar y desarrollar, a partir de algún momento, un programa de Literatura Latinoamericana en el Departamento de Español y Portugués.

ARP: Y te fuiste quedando...

SS: Cada vez que tuve un ofrecimiento para ir a otra universidad, Maryland me ofreció condiciones que me permitieron seguir con mi proyecto que, desde temprano, tenía claro. Un dato: la idea de crear *Hispanamérica* surgió durante el primer año de mi estada en Maryland. Y ya en 1972 salió el primer número que contaba con una nómina de colaboradores muy importantes. Basta recorrer el índice del primer número: hay ensayos de Lagmanovich, Jitrik, Borinsky, inéditos de Macedonio Fernández, una entrevista de Szichman a Viñas (que llevó a una larga respuesta de Cortázar en el segundo número), un texto de Libertella sobre su taller de escritor y un testimonio de Bernardo Verbitsky sobre Marechal, cuentos inéditos de Bioy Casares, Denevi, Kordon y Steimberg.

ARP: ¿Cuál fue esa idea inspiradora que dio origen a *Hispanérica*?

SS: La expresé en una brevísima página introductoria: “nos interesa mostrar el proceso de la producción literaria en el continente. Por esta razón, los ensayos críticos constituyen una parte del proceso que comienza en las reflexiones de los autores sobre su propia escritura.” Me interesaba incorporar escritores menos conocidos y al mismo tiempo tener secciones donde se vieran las articulaciones del campo literario latinoamericano. Mi perspectiva era vincular la literatura con el contexto en el cual se produce. Y esa ha sido la línea que he mantenido a lo largo de *Hispanérica*: ensayos, notas críticas y reseñas, entrevistas, ficción, poesía, las secciones “Los marginados” y “Recuperaciones”. Por ejemplo, en el 4/5 publicamos un dossier completo sobre el caso del escritor paraguayo Rubén Bareiro Saguier, introdujimos a poetas chicanos años antes de que empezaran a circular en el mundo académico, hicimos conocer a los *tzántzicos* del Ecuador fuera de su país. Los primeros veintidós números se publicaron en Buenos Aires. Eso fue hasta 1979. Me habían alertado sobre la conveniencia de dejar de imprimir la revista en Buenos Aires, dado que algunos autores estaban incluidos en la lista negra de la dictadura. Recuerdo que en un texto, el linotipista había anotado al margen: “¡Ojo, censura!” La dirección de la revista siempre tuvo un domicilio en Buenos Aires y otro en Estados Unidos. En ambos casos, los de mi casa.

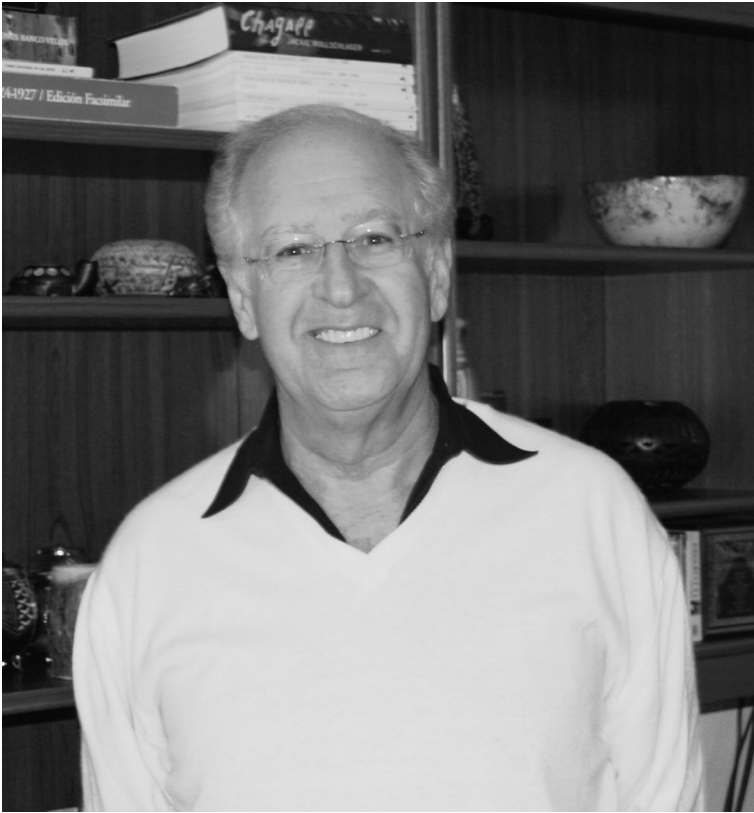
ARP: Eras bastante atrevido, ¿no?

SS: Y sí. Digamos que era atrevido –también en el sentido de arriesgado–. Decir que iba a hacer una revista desde el mundo académico estadounidense y pensarla no solo para ese mundo sino también para lectores de América Latina. Me aburrían las revistas académicas estadounidenses que eran una suma de ensayos –por lo general sobre autores consagrados– entre dos tapas. Quería hacer una revista que mostrara las diferentes etapas en la producción literaria. Con esa actitud, me atreví, con mis 26 años, a pedirle a Bioy un cuento inédito, aclarándole –como a todos los demás– que no podía pagar la colaboración.

ARP: ¿Por qué el nombre de *Hispanérica*?

SS: Es un homenaje, siquiera parcial, a Cortázar, que hablaba del lenguaje *ispamerikano*. Entonces, le puse *Hispanérica* y no *Hispanoamérica* porque hay demasiados “no” en el mundo.

ARP: ¿Cuándo llegaste al Departamento de Español y Portugués de la Universidad de Maryland?



Saúl Sosnowski en su hogar © RANLE

SS: Llegué en 1970; tenía 25 años y en 1980 concursé para dirigir el departamento. El primer profesor que logré llevar a Maryland fue Ángel Rama, con lo cual rápidamente se estableció un antes y un después en la historia de nuestro Departamento. Hicimos el primer simposio en Estados Unidos sobre Roa Bastos; Carlos Fuentes dictó una serie de conferencias. Más tarde, José Emilio Pacheco fue profesor titular durante veinte años. Durante algunos años también estuvieron Tomás Eloy Martínez y Beatriz Sarlo. Durante seis años funcionó un programa de residencias de investigación que permitió que estudiosos sobre América Latina de diferentes países pasaran un semestre

o un año en la Universidad de Maryland. Inicialmente, el programa se financió con becas otorgadas por la Fundación Rockefeller que después fueron continuadas por la Universidad durante el resto de mi gestión. Los investigadores también daban un curso de posgrado, lo que posibilitó el enriquecimiento de perspectivas poco comunes en el ámbito académico estadounidense. Menciono algunos de los que pasaron por Maryland: Carlos Altamirano y Oscar Terán, Rafael Gutiérrez Girardot, Moreno Fragnals y Bernardo Subercaseaux, Irene Silverblatt y Barbara Tenenbaum, Sergio Miceli y Peter Hulme. Más tarde también contamos con vos. Las conferencias magistrales después se publicaron en una serie de separatas que eran distribuidas a todos los centros académicos.

ARP: Entiendo que ese programa no estaba limitado solo a escritores y críticos.

SS: En efecto. Entre los citados hay algunos historiadores, antropólogos y otros que sería más difícil encasillar. A lo largo de los 80 incorporamos una perspectiva desde las ciencias sociales. Recuerdo que, de hecho, en 1980 comencé con un programa sobre “Latin America in the 80s” con paneles sobre inmigración, la política de Estados Unidos en Centroamérica, la política petrolera...

ARP: ¿Cuándo se fundó el Centro de Estudios Latinoamericanos?

SS: Solo en 1989. Pero a lo largo de esa década fuimos acumulando antecedentes para su creación. Además de lo que ya dije, habría que incluir las reuniones y congresos sobre represión y reconstrucción de la cultura en el Cono Sur. El primero fue en 1984, al año del retorno argentino a la democracia. “Represión y reconstrucción de una cultura: el caso argentino” derivó en un libro publicado por la Editorial Universitaria de Buenos Aires (Eudeba) que tiene una nueva edición programada para abril de 2014. Hubo una segunda reunión sobre Argentina en Buenos Aires, en agosto de 1986, que se llevó a cabo en el Centro Cultural San Martín. En la reunión de Maryland participaron Hipólito Solari Yrigoyen, Tulio Halperín Donghi, Mónica Peralta Ramos, José Pablo Feinmann, Beatriz Sarlo, Luis Gregorich, Juan [Carlos] Martini, Noé Jitrik, Jorge Lafforgue, León Rozitchner, Tomás Eloy Martínez, Liliana Heker, Osvaldo Bayer y Santiago Kovadloff. Soriano no pudo participar por razones de salud pero luego publicó su texto en *Humor*. En la de Buenos Aires pudimos ampliar el temario y el número de participantes así que además de muchos de los participantes

en Maryland sumamos para Ciencias Sociales a Jorge Balán, Alberto Petrecolla, Hilda Sábato, Edgardo Caterberg y Marcelo Cavarozzi. El impacto sobre las ciencias exactas fue analizado por Guillermo Dusel, José Westerkamp, Carlos Abeledo, Gregorio Klimovsky y Santiago Olivier. En sicoanálisis tuvimos a Roberto Harari, Rafael Paz, Diana Kordon, Eduardo Kalina, Juan Alberto Yaría, Sergio Rousseaux y Carlos Pérez. Osvaldo Dragún, Aída Bortnik, Rafael Filipelli, Gerardo Vallejo, Laura Yusem, Alberto Ure y Jorge Goldenberg hablaron sobre cine y teatro. Para el panel literario invitamos a Martini, Lafforgue, Avellaneda, Sarlo, Andrés Rivera, Ana María Shúa, Soriano y Heker. “Medios de comunicación” estuvo a cargo de Heriberto Muraro, José María Pasquini Durán, Carlos Ulanovsky, Jorge Garber, Aníbal Ford, José Ricardo Eliashev, Mona Moncalvillo y Daniel Divinsky, y en un panel sobre “El intelectual en la represión y en la democracia” –el más agitado– participaron: Tomás Eloy Martínez, Altamirano, Rozitchner, Gregorich, Aricó, Feinmann y Maresca. En ese mismo año, 1986, llevamos a cabo en Maryland una reunión sobre Uruguay; en 1988, sobre Brasil; en 1991, sobre Chile y en 1993, sobre Paraguay. Cada una de estas reuniones –todas en torno al impacto de la dictadura sobre la cultura de sus respectivos países y el papel que la cultura podría y debería desempeñar en la reconstrucción de la democracia– se materializó en un libro publicado en el país de destino porque, si bien las reuniones se hacían en Maryland, el público al que estaba destinado era el del país objeto de reflexión. Después de esa década, en 1995 lanzamos en el Memorial de América Latina, en Sao Paulo, una nueva etapa del proyecto: “Una cultura para la democracia en América Latina”. Para esta y para su desarrollo posterior en Brasil –así como con otras propuestas, la coedición del libro que surgió de esa reunión y un seminario sobre mecenazgo a pedido del Fondo Nacional de las Artes, por ejemplo– conté con la incomparable colaboración de Roxana Patiño, quien después de doctorarse en Maryland volvió a la Universidad Nacional de Córdoba. Después de esta larga vuelta retorno a tu pregunta sobre el Centro. Todas estas reuniones manifestaban un cruce multidisciplinario que excedía los parámetros tradicionales de un departamento de literatura. Por eso creamos el Centro.

ARP: ¿El Centro era una entidad autónoma?

SS: El Centro funcionó dentro del Departamento hasta el año 2000 en que pasé a dirigir la Oficina de Programas Internacionales de la Universidad y el Centro se autonomizó del Departamento.

ARP: ¿Hubo algún otro proyecto multidisciplinario?

SS: Un proyecto lindísimo que hicimos en el Departamento, anticipándonos al 5° Centenario del choque de culturas, fue “Discovering the Americas” que empezó en 1986 y que cerramos en 1992. Consistió en una serie de conferencias que inició Miguel León-Portilla; y que llevó a Maryland a historiadores, arqueólogos y antropólogos. Se obtuvieron fondos del *National Endowment for the Humanities* para realizar en México un seminario para profesores universitarios cuyo objetivo era estudiar el choque de culturas en el siglo XVI. Cada conferencia fue publicada en un fascículo. Todo esto fue posible porque habíamos logrado atraer gente que tenía una mirada más amplia que la estrictamente universitaria, una mirada cultural que iba más allá del análisis de texto y quebraba el formalismo *à la page* de ese momento.

ARP: Con la perspectiva de los años, podríamos decir que las actividades del Centro y del Departamento se inscribían en perspectivas multidisciplinarias que se adelantaron a lo que luego se fue conociendo como “Estudios Culturales”.

SS: Creo que sí. Y eso también nos permitió atraer a muchos estudiantes de América Latina para cursar sus doctorados, que luego se reintegraban a sus países de origen o que optaron por contribuir al mundo académico estadounidense o europeo.

ARP: Vos también fuiste un estudiante latinoamericano en Estados Unidos.

SS: Sí, viajé a Estados Unidos a los 19 años; un año después de haber terminado la escuela secundaria en el Colegio Nacional Nicolás Avellaneda y al mismo tiempo estudios terciarios hebraicos.

ARP: Como buen argentino, sumás tradiciones...

SS: El verbo es correcto, sumo, no resto. Lo argentino y lo judío han sido constantes en lo que he estudiado, en lo que he escrito y te diría que también en muchas de las actividades a las que he aludido. Me refiero explícitamente a lo que tiene que ver con derechos humanos, con la insistencia en la justicia y en la construcción de la memoria.

ARP: Es lo que articula la experiencia judía con la experiencia argentina.

SS: Sí, es así. Yo me crié en la conjunción de las dos tradiciones. Escuchando el idish junto con el castellano. Después llegué al hebreo. Podría decir que fui bilingüe desde que empecé a hablar.

Bilingüe y multicultural. A lo largo de estudios primarios, secundarios y terciarios, hice doble escolaridad.

ARP: ¿Y la literatura?

SS: Eso vino después. Yo leía literatura en castellano, en idish y en hebreo. Y en traducción al castellano los clásicos que eran propios de nuestra generación: literatura francesa, rusa, inglesa.

ARP: ¿Llegaste a Estados Unidos sin saber hablar inglés?

SS: Sabía el inglés básico que aprendí en el secundario y unos meses en clases privadas. Esto me recuerda otro ejemplo de atrevimiento: a los seis meses de haber llegado a Estados Unidos, me anoté en la Universidad de Miami en un curso que me dijeron que era para aprender inglés y que resultó ser de oratoria. Yo era el único no americano de la clase. Pero no iba a retirarme... y conté con la generosa ayuda de mis compañeros y el profesor para aprobarlo. Un año después, ya en otra universidad, comencé a escribir para el diario estudiantil la columna de relaciones internacionales. Y ya me causaban gracia los *comics* en inglés.

ARP: Insisto, ¿cuándo entra la literatura en tu vida?

SS: Voy llegando... Para el B.A. preparé dos tesinas de temas históricos porque amalgamaban mis raíces; una tenía que ver con las relaciones interamericanas de la Argentina en la Segunda Guerra Mundial y la otra, sobre estrategia militar en el Imperio Romano hasta la rebelión de Bar Kojba, en el siglo II de esta era. Y junto con eso, empecé a leer literatura hispanoamericana. Así que debo confesar que leí por primera vez a Borges en Estados Unidos. Porque lo que yo sabía de literatura argentina no excedía el contenido del manual que usábamos en la escuela secundaria.

ARP: Cortázar ha sido tu amor no secreto.

SS: Sí, un amor confeso. Eso empezó durante mi Maestría, que cursé en la Universidad de Virginia, con un trabajo que hice sobre *Las armas secretas*. Aclaro sobre los amores literarios: son dos, Borges y Cortázar hasta el día de hoy. Son mis santos.

ARP: ¿Los entrevistaste?

SS: Sí. A Borges lo vi cuando estaba preparando *Borges y la Cábala: la búsqueda del Verbo*. Me recibió en su departamento y, como él dijo sobre su encuentro con Scholem, hablé poco y escuché mucho. La parte pertinente de esa entrevista apareció en el número 8 de *Hispanamérica*. A Cortázar lo entrevisté dos veces: la primera vez en Washington –y la publiqué en el número 13 de *Hispanamérica*– y la segunda vez en México, una entrevista filmada que se puede ver en

Youtube. Tuve el privilegio de reunirme con él varias veces; una de ellas en su departamento en París cuando estaba preparando un trabajo sobre su obra crítica.

ARP: ¿Y los resultados...?

SS: Mi primer libro, derivado de mi tesis doctoral, se publicó en 1973: *Julio Cortázar: una búsqueda mítica*. Se agotó y no se reeditó. He seguido trabajando en torno a su obra desde entonces. Además de artículos en revistas académicas, seleccioné y prologué el tercer tomo de la obra crítica, que incluye textos que escribió desde 1963, el año de publicación de *Rayuela*, y después prologué toda su obra crítica para la edición del Círculo de lectores-Galaxia Gutenberg, que fue editada como parte de sus obras completas en 2006.

En cuanto a *Borges y la Cábala*: se publicaron dos ediciones en castellano y fue traducido al portugués y al alemán; ahora, en una versión más creativa, se está preparando una edición en inglés. Y hablando de creativa: de ese libro derivó otra versión que hice con la artista visual Mirta Kupferminc. La primera exposición se hizo en el Centro Cultural Recoleta y después hicimos otras exposiciones en EEUU y en Brasil. Digamos que el tema sigue...

ARP: También hiciste un trabajo importante para la Biblioteca Ayacucho, organizando cuatro tomos de lecturas críticas. ¿Cómo se desarrolló ese proyecto? ¿Con qué criterios?

SS: ¡Pobres!, casi los mando a la quiebra con una edición de más de 3000 páginas... La pregunta que me planteé –y que analicé en un extenso texto introductorio– fue cómo se había leído la literatura latinoamericana en la segunda mitad del siglo XX. Para mostrarlo, seleccioné ensayos escritos desde las múltiples aproximaciones que atravesaron esas décadas de modo tal que se pudiera tener una historia de la literatura en sus múltiples articulaciones, empezando con lecturas de textos pre-hispánicos hasta textos y autores de la década del 90.

ARP: Tus alumnos dicen que sos un buen profesor...

SS: Digamos que eso es lo que me dicen... y si mi propio goce en la clase pudiera servir como indicio, digamos que sí, que aún provoqué y suscito preguntas para que los alumnos busquen sus propias respuestas.

ARP: Otro aspecto importante de tu trayectoria está vinculado con tu trabajo en el área de relaciones internacionales. ¿Cómo fue esa experiencia?

SS: Maravillosa. Diría que ese aspecto ha sido uno de mis “signos” a lo largo de mi carrera. Ya te conté lo que me llevó a crear el

Centro de Estudios Latinoamericanos y mis relaciones y actividades con América Latina no han mermado. En 2000 gané el concurso para dirigir la Oficina de Programas Internacionales de la Universidad. Ese cargo, que ocupé a lo largo de más de una década, implicó trabajar muy de cerca con el Presidente de la Universidad –un líder visionario como pocos– y a fortalecer las relaciones de Maryland con varias regiones del mundo, particularmente con países asiáticos (China, Taiwán, Tailandia...), latinoamericanos y del Medio Oriente. Desde hace un par de años, retomé el énfasis internacional para incentivar los programas de posgrado. Como te decía, así como la palabra “búsqueda” aparece en muchos de mis trabajos, lo internacional es parte de mi ADN.

ARP: Finalmente, ¿cómo te sentiste cuando te enteraste del Premio Nacional “Enrique Anderson Imbert”?

SS: ¡Muy emocionado! Y me tomó totalmente de sorpresa. Es un honor muy especial recibir un premio que lleva el nombre de Enrique Anderson Imbert –uno de los pioneros de los estudios literarios que merece ser reconocido, además, como narrador–. ¿Sabías que publiqué uno de sus relatos en uno de los primeros números de *Hispanérica*? Sigue habiendo puentes...

